

Evangelismo bíblico



Rob Ventura

Evangelismo bíblico

Contenido

1. La necesidad del evangelismo bíblico.....3
2. El mensaje del evangelismo bíblico14

Copyright © 2025 Chapel Library. Adaptado con permiso de dos capítulos de *Equipped to Evangelize: A Biblical Foundation* por Rob Ventura. Este libro en inglés es una excelente introducción a la evangelización desde una perspectiva bíblica, publicado por Christian Focus Publications. Disponible en www.christianfocus.com.

Traducido al español y editado por Jorge E. Castañeda.

Impreso en EE. UU. Todas las citas bíblicas provienen de la versión Reina Valera de 1960. Chapel Library no necesariamente concuerda con todas las posturas doctrinales de los autores que publica.

Chapel Library envía materiales cristocéntricos de siglos pasados a todo el mundo sin costo alguno, confiando plenamente en la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero agradecemos el apoyo de quienes desean contribuir libremente.

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street

Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Evangelismo bíblico

1. La necesidad del evangelismo bíblico

*¿Podría un marinero quedarse sentado
si escuchara el clamor de un náufrago?*
*¿Podría un médico permanecer cómodo
y dejar simplemente morir a sus pacientes?*
*¿Podría un bombero quedarse inactivo,
viendo arder a los hombres sin extenderles la
mano?*
*¿Puedes tú vivir tranquilo en Sion
mientras el mundo a tu alrededor está conde-
nado?*

—Leonard Ravenhill

No hay que mirar muy lejos para darnos cuenta de que algo anda terriblemente mal en nuestro mundo. La depresión, los suicidios, los tiroteos escolares, las sobredosis de drogas, los asesinatos y los índices de divorcio están en su punto más alto. A esto se suma el aborto, el transgenerismo, el movimiento homosexual, el matrimonio entre personas del mismo sexo, la creciente marginación de la fe cristiana en la cultura —especialmente en Occidente—, y las diversas falsas creencias que llenan la mente de las personas, como el humanismo, el secularismo, el ateísmo, el relativismo y el posmodernismo. Debajo de todos estos problemas subyace una cuestión más profunda, teológicamente hablando: los hombres y mujeres que no son verdaderos cristianos están

espiritualmente perdidos, ciegos, muertos en delitos y pecados, “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). Hay una condición triste que se cierne sobre las calles y hogares de muchos como una niebla mortal. Es persistente. Es letal. Es sombría.

Se han propuesto muchas teorías sobre la causa de nuestra situación actual en el mundo, y otras tantas sobre cómo solucionarla. Gracias a Dios, la Biblia diagnostica el problema y nos ofrece su propia solución, una que sabemos que es certera y verdadera. No es una solución complicada. De hecho, es algo en lo que todo cristiano puede participar y a lo que todo cristiano está llamado. No requiere grandes sumas de dinero. De hecho, es gratuita. En la mayoría de los casos, no exige mucha preparación o formación académica. Personas como el endemoniado gadareno, en la Biblia, participaron de ella desde el momento de su conversión (Lc. 8:26-39). ¿Pero de qué solución estoy hablando? Estoy hablando, por supuesto, del evangelismo bíblico.

¿Qué es el evangelismo bíblico?

Para ilustrar por qué esta solución es “sencilla” pero imperativa, consideremos tanto lo que es como lo que no es el evangelismo bíblico. Si alguien te pidiera que definieras el evangelismo, ¿qué dirías? ¿Qué incluirías en la definición? ¿Qué dejarías por fuera? Como veremos, la forma en que definimos el evangelismo tendrá profundas implicaciones prácticas en la manera en que lo llevamos a cabo. Una mala definición del evangelismo puede hacer que las personas no lo practiquen en absoluto, o —aún peor—

que adopten tipos no bíblicos y comprometidas de evangelismo, tan populares hoy en día.

Por ejemplo, ¿cuántos lectores piensan que evangelizar significa ver conversiones? ¿O hacer crecer nuestras iglesias? ¿O ganar almas? ¿O lograr que las personas digan una oración? Las ideas de decisiones, resultados, llamados al altar y “oraciones del pecador” están profundamente arraigadas en la mente de muchos cristianos en América, pero esto ha causado un problema grave. Este tipo de evangelismo solo agrava la situación [de nuestra sociedad] al producir grandes cantidades de falsos convertidos en iglesias y vecindarios, haciendo que la tarea sea aún más difícil. También conduce a la idolatría, ya que el Jesús que se presenta ya no se parece al Único que vemos en la Biblia. Es presentado y promocionado más como un consejero de vida, un terapeuta o alguien que nos ayuda a superar las dificultades, en lugar del Dios Todopoderoso que vino a “salvar a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21).

Pero gracias a Dios, hay otro camino, uno que es bíblico. La palabra “evangelismo” proviene de un término griego que significa “anunciar, traer o predicar buenas noticias”. Por tanto, en su esencia, evangelizar es simplemente “proclamar buenas noticias”.

En la Biblia, su significado se enfoca más específicamente en “anunciar o compartir las buenas noticias —el evangelio de Jesucristo— con otros”¹. ¡Eso

¹ Ten en cuenta que el evangelismo puede adoptar muchas formas: testimonio personal uno a uno, padres evangelizando a sus hijos en casa, distribución de tratados, predicación pública en lugares abiertos, visitas de casa en casa, o tanto

es todo! El evangelismo bíblico es así de sencillo. Cuando compartimos el evangelio, estamos “evangelizando”² en el sentido más literal: estamos esparciendo el mensaje acerca de Jesús, el Salvador.

Una definición como esta debería ayudarnos a recalibrar nuestra visión de la práctica del evangelismo, ya que evangelismo ocurre incluso si las personas no se salvan. Ya no se trata de si podemos forzar o manipular a alguien para que crea lo que compartimos con él. En cambio, dejamos con gozo los resultados en manos de Dios, sabiendo que “la salvación es de Jehová” (Jon. 2:9). El éxito en el evangelismo no se mide en números, *sino en fidelidad al compartir el mensaje del evangelio*. Se trata de entregar y anunciar —no de convertir.

Por supuesto, esto no significa que no deseamos con anhelo ver almas salvas. El cielo se regocija por la salvación de un solo pecador arrepentido, y nosotros también (Lc. 15:10). Tampoco significa que no exhortamos con seriedad a las personas a que se arrepientan y crean cuando evangelizamos. Como Pablo, nuestro objetivo al evangelizar debe ser rogar a los demás que se reconcilien con Dios (2 Co. 5:20). Debemos orar y llorar fervientemente por las almas.

misiones locales como extranjeras. Además, mi definición mostrará que hay una diferencia entre dar un testimonio personal y el evangelismo. Compartir un testimonio es algo bueno que puede conducir al evangelismo, pero por sí solo no comunica el contenido del evangelio, que es Cristo mismo. Vivir una vida santa delante de los demás es crucial y da testimonio del poder del evangelio, pero eso, por sí solo, no es evangelismo.

² <https://www.ligonier.org/learn/devotionals/what-evangelism>.

Pero es Dios quien da la vida espiritual. Podemos suplicar y llorar, pero si Dios no obra en el corazón del que oye el evangelio y lo abre (Hch. 16:14), nada ocurrirá. *Nuestra tarea es ser fieles en compartir el evangelio, no en producir resultados.*

¿Acaso una visión así del evangelismo no libera al lector para querer compartir el evangelio? ¿No te motiva a involucrarte en esta tarea tan sagrada? ¿No es liberador saber que el único fracaso en el evangelismo es no hacerlo? Si has compartido fielmente el evangelio conforme a la Palabra de Dios, entonces has tenido éxito. Has sido fiel al llamado de evangelizar a tu prójimo —quien, bíblicamente hablando, es cualquiera que esté cerca de ti. Por eso es tan crucial tener una definición bíblica de evangelismo.

¿Por qué es necesario el evangelismo?

Esto nos lleva de regreso al punto donde comenzamos nuestra reflexión al inicio del capítulo. El evangelismo bíblico es crucial en todo tiempo, pero esto es especialmente cierto hoy, en la época y cultura en la que vivimos. Hay una gran necesidad de evangelismo porque el evangelio es el único remedio duradero y eterno para los perdidos.

Al considerar la necesidad del evangelismo, debemos notar que nuestra sociedad es similar a la que Pablo abordó en su carta a los Romanos. Paganos, incrédulos y fornicarios vivían junto a Judíos muy religiosos, y todos estaban perdidos y en camino al infierno. Esto es lo que encontramos en el mundo actual. Hay muchas personas religiosas entre nosotros, pero gran parte de esa religiosidad es solo de nombre. Al mismo tiempo, hay una gran cantidad de

actividades no religiosas que capturan la atención de muchos, como la adoración idólatra del deporte y el entretenimiento, junto con el aumento de prácticas ocultistas. Si entendemos cómo Pablo abordó esta situación con el propósito de llevar a los pecadores a reconciliarse con Dios por medio de Jesús, podemos aplicar lo mismo a nuestro contexto.

Primero, el apóstol nos recuerda que todas las personas son culpables delante de Dios y están bajo Su justa condenación: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (Ro. 1:18).

En *segundo* lugar, Pablo nos recuerda que hay otro sector de la sociedad que no está involucrado en desviaciones sexuales ni paganismo, pero que aun así necesita desesperadamente al Salvador. Él se dirige a estas personas en Romanos 2. Son aquellas que se indignan ante la violencia y las drogas, pero lo hacen desde una postura de auto-justicia indiferente. Son los cultos, los formalistas y los fariseos religiosos. Intentan llegar al cielo basados en su propio mérito o justicia. Son católicos romanos fervorosos, mormones, testigos de Jehová, o —trágicamente— incluso algunas personas dentro de la iglesia que profesan ser cristianos. Esto representa una ortodoxia muerta o una religión falsa; es una religión externa sin regeneración interna del corazón. Piensan que su religión, tradición y rituales pueden salvarlos. Pablo dice que no es así. Estas personas no están en mejor condición que los pecadores a quienes desprecian.

En Romanos 3:10-18, Pablo resume la situación de toda la humanidad, sea religiosa o no:

No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios... No hay temor de Dios delante de sus ojos.

Habiendo escrito esto, afortunadamente, Pablo no nos deja sin esperanza. No simplemente describe la escena para luego levantar las manos en desesperación y pesimismo. Más bien, nos dice que el remedio es el evangelio. Así, aunque “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios,” esos pecadores caídos pueden ser “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:23-24). Esto es lo que Pablo llama “el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Ro. 1:16). Este evangelio es amplio, completo y gratuito para todos (hablaremos más de esto en el próximo capítulo³). Es para Judíos o Gentiles, paganos o Fariseos autosuficientes. Por eso nos dijo anteriormente en Romanos 1 que “no se avergonzaba”⁴ ni se sentía apenado del evangelio de Cristo (Ro. 1:16). ¿Y por qué habría de avergonzarse, si el

³ El capítulo mencionado forma parte del libro completo del cual este folleto fue adaptado con permiso. Puedes obtener tu copia en ingles de *Equipped to Evangelize: A Biblical Foundation* de Rob Ventura a través de Christian Focus Publications, www.christianfocus.com

⁴ La palabra “*avergonzarse*” aquí en el texto griego está en tiempo presente, lo cual indica una disposición habitual. El punto es que Pablo no estaba en absoluto avergonzado del evangelio, ni jamás lo estaría —el evangelio, que estaba centrado en la obra realizada, la muerte y la resurrección de Jesucristo nuestro Señor en nuestro favor.

evangelio es el instrumento mediante el cual opera el poder salvador de Dios para rescatar a hombres y mujeres de sus pecados? (1 Co. 1:18). Es la predicción simple del evangelio el medio por el cual la omnipotencia de Dios obra para dar vida espiritual a los pecadores muertos en sus delitos. Como dijo el gran puritano William Gurnall, el evangelio es “el carro en el que el Espíritu cabalga victorioso cuando entra en el corazón de los hombres.” Por eso el evangelio es el único mensaje que vale la pena proclamar. Por eso Pablo no se avergonzaba de él.

Pero esto nos lleva a un nuevo problema. Ahora que sabemos que el evangelio es el gran remedio para las almas perdidas, ¿cómo se difundirá? ¿Cómo pueden las personas ser salvas por medio de él? Pablo no nos deja adivinando. Él nos dice exactamente cómo debe difundirse este evangelio.

El llamado cuádruple a evangelizar

No sorprenderá a nadie escuchar que el apóstol Pablo fue el modelo de evangelista, aparte de Jesucristo mismo. Pablo no solo enfatiza la importancia de hablarle a los perdidos acerca de Jesús —lo cual es totalmente cierto—, sino que dice que la obra de su vida consiste precisamente en hacer eso (1 Co. 9:17-22). Aun cuando nos entrega pasajes profundamente predestinarios como Romanos 9 y Efesios 1, también reconoce que tiene un papel vital en la salvación de las almas⁵. Es más, quiere asegurarse de

⁵ Esto subraya un punto importante: el Calvinismo bíblico no es un obstáculo para el evangelismo bíblico. La doctrina bíblica de la elección no fue un impedimento para la

que nada le estorbe en esa tarea: “me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número” (1 Co. 9:19). Declara que quiere ganar “a los judíos” (v. 20), y también “a los débiles” (v. 22). Pablo estaba plenamente convencido de que él era un canal por el cual las personas eran ganadas para Dios (1 Co. 3:5). Incluso nos dice que busca ganar almas “por todos los medios” (1 Co. 9:22).

Un conocimiento de fondo sobre la mentalidad de Pablo nos ayuda a entender mejor lo que significa su llamado cuádruple de “cómo” a evangelizar cuando escribe en Romanos 10:14-15a: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?”. Aquí, Pablo nos enseña que las personas deben invocar a Cristo para ser salvas, pues “todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Ro. 10:13). Esto implica creer solamente en Cristo para salvación. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe” (Ef. 2:8). Pero la fe verdadera se expresa invocando a Cristo. El punto es: uno no invoca a alguien en quien no cree, y ciertamente no puede invocar a alguien de quien nunca ha oído. Entonces, “¿cómo oirán sin haber quien les predique?” Y “¿cómo predicarán si no fueren enviados?”⁶. La respuesta a estas preguntas es: no pueden. Aquí radica el papel crucial del evangelismo, y

amplia labor evangelística de Pablo. De hecho, fue el impulso mismo para ello.

⁶ En términos generales, entiendo que este “envío” se lleva a cabo por medio de una iglesia local (cf. Hch. 13:1-3).

específicamente, la función de la agencia humana en él. Dios utiliza medios para convertir a las personas. El medio que Dios usa es que nosotros compartamos el evangelio con otros para que puedan escuchar la verdad.

Vemos esto, por ejemplo, en las cartas de Pablo, donde hay un énfasis constante en el “oír”. Escribiendo a los Romanos, Pablo dice: “Así que la fe es *por el oír*, y el oír, por la palabra de Dios” (Ro. 10:17). Cuando escribe a los Tesalonicenses les dice: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios *que oísteis de nosotros*, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tes. 2:13). Y de nuevo, cuando escribe a los Gálatas les pregunta: “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el *oír con fe*?” (Gá. 3:2). A los Efesios les dice: “En él también vosotros, habiendo *oído la palabra de verdad*, el evangelio de vuestra salvación...” (Ef. 1:13). El oír requiere que alguien hable. Presupone que un ser humano entre en contacto con otro ser humano y le comunique el mensaje de vida que se encuentra en Cristo.⁷

Por lo tanto, los cristianos deben estar involucrados en el evangelismo porque ese es el medio que Dios ha establecido para difundir el evangelio, el

⁷ Este “contacto” puede realizarse tanto de forma escrita como hablada. Algunos son salvos simplemente por leer la Palabra de Dios o un libro acerca del evangelio. En todo caso, el oír o leer la Palabra es necesario (cf. Santiago 1:18; 1 P. 1:22-25).

gran remedio para las almas perdidas. Es el medio de Dios para que ellos oigan acerca de Jesús, el único Salvador de los pecadores.

Para reflexión y discusión

1. ¿Cuál es la definición del evangelismo bíblico?
2. ¿Cuáles son algunos métodos erróneos de evangelismo y por qué lo son?
3. ¿Por qué es esencial que participemos en el evangelismo?
4. ¿De qué maneras puedes tú involucrarte en esta tarea?

2. El mensaje del evangelismo bíblico

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego.”

—El apóstol Pablo en Romanos 1:16

Ahora abordemos la pregunta más vital: ¿Qué es exactamente el “evangelio”? Según la Biblia, ¿cuáles son los aspectos principales de esta palabra, que significa “buenas noticias”?⁸ A diferencia de generaciones anteriores, nuestra época actual está relativamente poco instruida respecto a esta pregunta crucial. En un tiempo como el nuestro, la ironía es evidente: el mensaje más importante de todo el

⁸ El término *evangelio* se encuentra en la Septuaginta, donde se refiere a los mensajeros del Antiguo Testamento que anunciaban las “buenas nuevas” de liberación del cautiverio babilónico en el siglo VI a.C. (Is. 52:7–10; Ro. 10:15). Los heraldos proclamaban con entusiasmo la alegre noticia ante el pueblo. El término “evangelio” no fue inventado por Pablo, sino que ya era usado por los romanos para referirse a la propaganda imperial. Se hablaba del “evangelio” de los césares, refiriéndose al anuncio de nacimiento o ascenso al poder de un emperador, lo cual traía esperanza a toda la población.

El evangelio que compartimos con otros es mucho más grande y glorioso que esos ejemplos. Nuestro evangelio es el decreto de libertad de Dios, no solamente contra enemigos y opresiones físicas, como fue el caso de los exiliados hebreos, sino contra enemigos y opresiones espirituales. Las buenas nuevas que proclamamos no tratan sobre un simple hombre, como César, sino sobre el Dios-hombre todopoderoso, Jesucristo, quien solo debe ser adorado. [Adaptado con modificaciones de mi comentario a Romanos (en inglés), Mentor Books, p. 24]

universo es casi completamente desconocido para muchos fuera de la iglesia y, lamentablemente, incluso para algunos dentro de ella.

Si preguntas a tus vecinos inconversos qué es el evangelio, podrías oír respuestas como: “Son las palabras de Jesús”, o “Son los distintos libros de la Biblia”. Algunos podrían pensar que se trata de ayudar a los pobres o ser amable con quienes te hacen daño. Otros simplemente se encogerán de hombros y admitirán que no lo saben.

Esta confusión resalta la urgencia de tratar este asunto con precisión, ya que el evangelio es la declaración de Dios desde el cielo acerca de cómo las personas pueden ser reconciliadas con Él por medio de Jesucristo el Señor. Este capítulo está dedicado a fomentar el conocimiento y la claridad necesarios para comunicar el evangelio a los perdidos. Recuerda que el evangelio es “el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Ro. 1:16). Sin embargo, si lo comunicamos mal, todo lo demás en nuestro evangelismo carecerá de valor. Entonces, ¿qué es exactamente lo que debemos decir a otros cuando compartimos el evangelio con ellos? ¿Cuáles son sus elementos clave en un sentido teológico más completo? De manera general, podemos decir que los componentes principales del evangelio se resumen en cuatro elementos esenciales: *Dios, el Justo; El hombre rebelde; Jesús, el Redentor; y Nuestra correcta respuesta al mensaje.*

El evangelio trata sobre Dios, el Justo

Cuando hablamos de evangelismo, el punto de partida de nuestro mensaje es fundamental. Es fácil

equivocarnos desde el inicio. Por ejemplo, ¿deberíamos comenzar hablando del pecado? ¿O tal vez del hombre mismo? Aunque ciertos contextos pueden requerir esos enfoques, temas como el pecado y el hombre solo pueden entenderse adecuadamente en relación con Dios. Por ejemplo, según la Escritura, el pecado es infracción de la ley (1 Jn. 3:4). Y según el *Catecismo Menor de Westminster*, es “cualquier [falta de] conformidad con la ley de Dios o transgresión de ella” (P. 14). Dios y Su ley moral —los Diez Mandamientos— son el estándar de santidad para todas las personas, en todo lugar y en todo tiempo. Son la medida de Su justicia. En consecuencia, el pecado no puede entenderse correctamente hasta que se conozca al Dios de la Biblia, en quien “no hay ningunas tinieblas” (1 Jn. 1:5), y Su ley santa e inflexible, que da “conocimiento del pecado” (Ro. 3:20). La ley de Dios también promete castigo eterno en el infierno, ya que hay una pena eterna asociada a quebrantarla (Ro. 6:23). Por tanto, Lutero tenía razón cuando dijo que la función de la ley no es “justificar, sino aterrorizar”.

Lo mismo ocurre con el hombre. El hombre no puede entenderse a sí mismo hasta que primero entienda su relación con Dios, su Creador. El hombre es un ser creado (Gn. 2:7). No es el dueño de su destino ni quien define lo que está bien o mal. Como criatura de Dios, está obligado a amar a Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerzas (Mr. 12:30). Además, está llamado a guardar la ley de Dios de manera perfecta, continua y personal, si desea ser aceptado por Él (Gál. 3:10; St. 2:10). *Sin embargo, el*

hombre ha fallado en esto. Por eso el mensaje del evangelio debe comenzar enfocándose en Dios y en Su ley, contra la cual el hombre ha pecado, para que primero pueda ver las malas noticias de su condición perdida.

Considera Romanos 1:18. Luego de mencionar el evangelio en Romanos 1:16-17, Pablo dice: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad.” Observa que, al comenzar con Dios, Pablo no inicia su proclamación del evangelio diciendo: “Dios nos ama y tiene un plan maravilloso para nuestras vidas.” En cambio, declara que, debido a que Dios es santo y el hombre es impío, Su ira no solo está dirigida al hombre, sino —más literalmente, según el texto griego— *está sobre él*. En Romanos 1:18, Pablo explica por qué toda persona en el mundo necesita el evangelio, que es “el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Ro. 1:16). También muestra por qué todos necesitan “la justicia de Dios” (Ro. 1:17) imputada a su cuenta para cubrir su injusticia, una justicia que se revela en el evangelio, se recibe solo por la fe, y es la justicia perfecta de Cristo (Jer. 23:6; Ro. 5:15-19; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21; Fil. 3:9).

Además de la ira de Dios contra el pecador, la Biblia también revela que el Dios de la Escritura es santo, justo y el Juez supremo. Los Salmos declaran: “Jehová nuestro Dios es santo” (Sal. 99:9), y los ángeles sin pecado claman día y noche ante Él diciendo: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la

tierra está llena de su gloria” (Is. 6:3). Además, el Salmo 89:14 afirma que “justicia y juicio son el cimiento de tu trono”, y el Salmo 96:13 dice que Dios juzgará “al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad”.

Estos aspectos de Dios son impopulares para los oyentes modernos. Sin embargo, son fundamentales al compartir el evangelio. Si las personas no reconocen a Dios tal como Él es en verdad, nunca comprenderán la gravedad de su condición ni el profundo amor que Él demostró al enviar a Su Hijo, Jesús, a morir por pecadores como ellos. Con demasiada frecuencia, se intenta presentar a Dios como alguien accesible, simpático, o como un “amigo”, con la esperanza de que la gente se sienta atraída hacia Él. Sin embargo, la Biblia nunca presenta a Dios de esa manera. Más bien, según la Escritura, Dios es absolutamente único, diferente de todo lo que existe en el universo. No es como el hombre; Él es el Creador, mientras que todo lo demás ha sido creado por Él (Sal. 50:21). Debemos hablar a los perdidos del Dios bíblico. Debemos comenzar donde Pablo comenzó su presentación del evangelio: con el hecho de que, fuera de Cristo, Dios está airado con nosotros “todos los días” (Sal. 7:11) debido a nuestro pecado contra Su santa Persona y Su ley. Debemos enfatizar que todos comparecerán un día “ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Co. 5:10). Solo entonces los inconversos verán cuán desesperada, deplorable y sin esperanza es su condición ante el Dios santo de la Biblia, ante

“quien tenemos que dar cuenta” (Hb. 4:13), y que solo Él mismo puede librarlos de ella. Solo entonces los pecadores valorarán y apreciarán verdaderamente la asombrosa gracia de Dios y Su glorioso remedio para su inmensa enfermedad.

El evangelio trata sobre el hombre rebelde

Esto nos lleva al siguiente aspecto crucial al compartir el evangelio: no solo es un mensaje sobre Dios; también es un mensaje sobre el hombre. Pero, ¿qué debemos decir respecto al hombre? ¿Debemos decirles a los no creyentes (hombres y mujeres por igual) que, en esencia, son buenos, que ya van camino al cielo y que solo necesitan un pequeño empujón espiritual en la dirección correcta para estar bien con Dios? ¿O deberíamos decirles que solo necesitan esforzarse un poco más, ser un poco más amables, asistir más regularmente a la iglesia y luego asegurarles que todo les irá bien al final?

Puede sorprender a algunos, pero la Biblia nunca alienta estas ideas, ni busca elevar su autoestima. En cambio, ofrece una evaluación clara y precisa de su condición espiritual perdida. La Biblia es un libro de realismo. Es el único libro en todo el mundo que nos presenta la verdad sobre nosotros. Solo ella nos da la antropología de Dios, mostrando a la humanidad no regenerada en toda su fealdad natural y depravación total. Muestra que, independientemente del trasfondo, educación, riqueza, edad, crianza, color de piel, género, ocupación, carisma o cualquier otro factor, todos son malvados por naturaleza y por práctica. Están perdidos y “muertos en delitos y pecados” (Ef. 2:1), centrados en sí mismos, descarriados desde

su nacimiento, y “hablando mentira” (Sal. 58:3). Están entenebrecidos en su entendimiento, “ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18). Están separados de Dios a causa de sus pecados contra Él (Is. 59:2). Aunque saben que Dios existe, porque tanto su conciencia como la creación se lo testifican (Ro. 1:19), viven en rebelión contra Él, sin servirle ni vivir para Él. En cambio, buscan muchos artificios (Ec. 7:29), viviendo en “enemistad contra Dios” (Ro. 8:7), y volviéndose “cada cual por su camino” (Is. 53:6). Como consecuencia, todos están bajo Su justa ira (Jn. 3:36; Ro. 1:18).

Este es el mundo en el que vivimos. Estas son las personas con quienes tratamos a diario. Esta es la condición de la humanidad aparte de la salvación de Dios.

Este es el hecho acerca de la humanidad rebelde. No es agradable, *pero aun así es la verdad*. Esta es la mala noticia. No solo es Dios un juez justo, sino que nosotros somos transgresores malvados que justamente merecemos el infierno. Para presentar fielmente el evangelio bíblico, debemos dejar claro este punto desde el principio. Las personas deben comprender la terrible realidad de su condición y la grave situación en la que se encuentran por causa de ella. Debemos comunicar con amor a hombres y mujeres la gravedad de su estado. Al compartir el evangelio, debemos llegar a este punto con nuestros oyentes.

El evangelio trata sobre Jesús, el Redentor

Afortunadamente, el evangelio bíblico no termina simplemente diciéndole a los incrédulos que

Dios debe castigarlos en el infierno eternamente por sus pecados. Más bien, habiéndoles dado primero las malas noticias, ahora podemos anunciarles las “buenas nuevas” —¡lo que en verdad las convierte en buenas! Esta buena noticia está centrada en Jesús, el Hijo de Dios (Ro. 1:1-4), y en Su obra sustitutiva, llevando el pecado en lugar de los culpables (Is. 53:6; 1 Co. 15:1-4; 2 Co. 5:21).

Este es el corazón del evangelio —*su núcleo*. Pero también aquí debemos entender lo que debemos comunicar a los perdidos. En cuanto a las buenas nuevas de Jesús, hay dos aspectos esenciales que deben establecerse con el incrédulo: Su persona y Su obra.

La persona de Jesucristo significa mucho más que ser simplemente un líder religioso con enseñanzas profundas. Y es más que reconocer que hizo cosas maravillosas en la tierra. Más bien, tomando lenguaje prestado de una confesión histórica de fe⁹, vemos que Jesucristo es:

El Hijo de Dios, la segunda persona en la Santa Trinidad, siendo Dios verdadero y eterno, el resplandor de la gloria del Padre, consustancial con aquel e igual a él, que hizo el mundo, y quien sostiene y gobierna todas las cosas que ha hecho, cuando llegó la plenitud del tiempo, tomó sobre sí la naturaleza del hombre, con todas sus propiedades esenciales y con sus debilidades concomitantes, aunque sin pecado; siendo concebido por el

⁹ *Confesión de fe Bautista de Londres de 1689*, capítulo 8, párrafo 2 (disponible en CHAPEL LIBRARY).

Espíritu Santo en el vientre de la virgen María, al venir sobre ella el Espíritu Santo y cubrirla el Altísimo con su sombra; y así fue hecho de una mujer de la tribu de Judá, de la simiente de Abraham y David según las Escrituras; de manera que, dos naturalezas completas, perfectas y distintas se unieron inseparablemente en una persona, pero sin conversión, composición o confusión alguna. Esta persona es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, aunque un solo Cristo, el único mediador entre Dios y el hombre.

¡Qué declaración tan magnífica! En resumen, nos enseña que Jesucristo es Dios verdadero de Dios verdadero, la segunda persona de la Trinidad. Nos enseña que Él es el Ser supremo que se hizo hombre.

Vemos estas verdades proclamadas en muchas partes de la Escritura. En el nacimiento de Jesús se nos dice: “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo” (Lc. 1:32). El apóstol Juan declara sobre Jesús: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Jn. 1:1,14). Pablo describe a Jesús en Romanos 9:5 diciendo: “Cristo... el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos.” Y también le dice a Timoteo: “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne” (1 Ti. 3:16).

Sin embargo, comprender estas grandiosas verdades sobre Jesús no es suficiente en lo que respecta al evangelio bíblico. Es asombroso que Dios el Hijo

se encarnara voluntariamente (tomara carne humana). Pero ¿por qué lo haría? ¿Cuál fue el glorioso propósito de ello? Esto nos lleva a *la obra de Jesucristo*.

Después de decirnos en Romanos 3:19-20 que la ley de Dios demuestra que todos los que están fuera de Cristo son culpables delante de Él, y que “por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él”, Pablo sigue el patrón de primero las malas noticias, luego las buenas, y resume el mensaje del evangelio en Romanos 3:23-25, cuando dice:

“Por cuanto todos [es decir, cada persona, judío o gentil] pecaron [han quebrantado los mandamientos de Dios en pensamiento, palabra y obra], y están destituidos de la gloria [no solo de la ley, sino de la gloria y excelencia moral] de Dios; siendo justificados [declarados y considerados no culpables, es decir, perdonados] gratuitamente [sin costo alguno para nosotros, sin obras, méritos ni esfuerzo de nuestra parte, sino como un regalo] por su gracia [el favor inmerecido de Dios hacia los que no lo merecen], mediante la redención [el precio de rescate pagado para satisfacer la justicia divina por nuestros pecados contra Él] que es en [la preposición “en” indica el agente exclusivo de nuestra redención; unido a y realizado exclusivamente por] Cristo Jesús: a quien Dios [es decir, Dios Padre] puso como propiciación [el que absorbió la ira, que detuvo la ira divina contra nosotros mediante Su sacrificio sustitutivo en nuestro lugar] por medio de la fe [no por

nuestras obras, bautismo ni cumplimiento de la ley, sino “por medio de la fe”, el medio instrumental por el cual Dios aplica la obra de Jesús a nuestra cuenta] mediante su sangre [la sangre de Cristo, que representa Su muerte como base exclusiva de la propiciación].”¹⁰

Nuestra salvación (nuestra liberación del juicio de Dios) viene por medio del pago de una muerte, pero no fue la muerte de cualquiera —fue la muerte del Dios-hombre, Jesucristo. Solo el Dios-hombre podía cumplir la enorme tarea de llevar un infierno eterno por nosotros. Puesto que la justicia de Dios exige que se castigue nuestro pecado, Jesús tomó ese castigo en nuestro lugar. Esto es lo que significa “propiciación... en su sangre”. El punto es que Jesús ha aplacado la ira de Dios hacia los pecadores al cargar sobre sí sus pecados siendo Él sin pecado, y soportando la totalidad de la ira y el castigo divinos en la cruz. Por medio de Jesús, nuestro pecado y su consecuencia ante el Todopoderoso son quitados (Mt. 26:28). Por medio de Jesús, el Dios ofendido ahora está reconciliado con nosotros (Ro. 5:11). Pero, *¿cómo podemos saber esto con certeza?*

La resurrección de Jesús de entre los muertos valida la consumación y aceptación de Su obra expiatoria por nosotros en la cruz por parte del Padre celestial. ¡Sí, Jesús murió! ¡Pero la muerte y la tumba

¹⁰ Esta exposición proviene de mi comentario sobre Romanos: *Expository Outlines and Observations on Romans*, también disponible en inglés en Christian Focus Publications, www.christianfocus.com.

no pudieron retenerlo! Al tercer día, resucitó, marcando el sello de aprobación de Dios sobre el sacrificio de Cristo (Romanos 4:25). Una vez más, la histórica *Confesión de fe Bautista de Londres de 1689* subraya esta verdad, afirmando que Jesús:

soportando las más terribles aflicciones en su alma y los más dolorosos sufrimientos en su cuerpo; fue crucificado y murió, y permaneció en el estado de los muertos, aunque sin ver corrupción. Al tercer día resucitó de entre los muertos con el mismo cuerpo en que sufrió, con el cual también ascendió al cielo (8.4).

Esto es *lo que hace* que el evangelio sea “buenas nuevas”. ¡Esto es *lo que lo hace* grandes noticias! El evangelio aborda el problema más grave que enfrentamos: Dios es santo, nosotros no. Su santidad y justicia demandan que Él castigue nuestro pecado. Sin embargo, en amor, gracia y misericordia, Él proveyó un Sustituto: Jesús, quien pagó completamente nuestra deuda hace más de 2000 años en el Calvario. Por eso Jesús exclamó desde la cruz: “¡Consumado es!” (Jn. 19:30). Por eso el evangelio bíblico no es un mensaje sobre lo que nosotros debemos hacer para estar bien con Dios, sino una proclamación de lo que Jesús ya ha hecho para lograrlo en nuestro favor. En este sentido, entonces, podríamos decir que el evangelio no es un *qué*, sino un *Quién*. Es un mensaje que gira en torno al Hijo de Dios; por eso Calvino

tenía razón al decir: “Todo el evangelio está contenido en Cristo.”¹¹ ¡Gloria sea a Dios!

El evangelio trata sobre nuestra correcta respuesta al mensaje

Al considerar el evangelio, debemos entender cómo los perdidos reciben los beneficios de la persona y la obra de Jesús. ¿Es esto algo automático para ellos? ¿Se trata simplemente de oír el mensaje? ¿O basta con “aceptar a Jesús”, como muchos enseñan hoy? Según la Biblia, ¿cuáles son las condiciones reales que los pecadores deben cumplir? Esto nos lleva al cuarto y último paso crucial: la respuesta.

El evangelio lleva consigo un llamado. No es meramente informativo, sino un llamado real —una convocatoria de Dios— que exige a los pecadores tomar acciones específicas: arrepentirse de sus pecados y creer en las buenas nuevas acerca de Jesús.¹² El arrepentimiento y la fe son las dos caras de la misma moneda de responsabilidad que se coloca sobre todos los que escuchan el evangelio. Son gracias gemelas. Como bien dice Sinclair Ferguson, son “compañeros de matrimonio que nunca se separan”.¹³ El arrepentimiento y la fe están tan entrelazados que, cuando uno es mencionado en las Escrituras, el otro siempre está implícito. El verdadero arrepentimiento no

¹¹ John Blanchard, *The Complete Gathered Gold* (Darlington, Inglaterra: Evangelical Press, 2006), p. 262.

¹² Por supuesto, debemos recordar que, desde la perspectiva divina, el arrepentimiento y la fe son dones que Dios concede con misericordia a los pecadores (Hch. 5:31; 11:18; Fil. 1:29; 2 Ti. 2:25).

¹³ Blanchard, p. 201.

puede ocurrir sin fe en Cristo como el único que puede perdonar pecados, y la fe genuina en Cristo como Salvador implica necesariamente apartarse de todo pecado. Por tanto, según la Biblia, la respuesta humana al evangelio implica que el pecador se arrepienta y crea.

Veamos más de cerca estos términos. Primero, *¿qué queremos decir con arrepentimiento?* En nuestro tiempo, el concepto necesita aclaración. No podemos asumir que todos entienden a qué nos referimos. Según la Biblia, el arrepentimiento implica un cambio de mente y dirección en la vida. Es la obra del Espíritu Santo en la vida de una persona, quien, al percibir con claridad su total impotencia y condenación ante Dios y Su santa ley, se vuelve del error de su camino hacia el Dios contra Quien ha pecado. El arrepentimiento es un giro real hacia Dios *desde* nuestra rebelión, tal como lo hicieron los tesalonicenses. Pablo los describe así: “Y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Tes. 1:9-10).

Es una “vuelta completa”, caracterizada por tristeza y rechazo del pecado, con un deseo genuino de abandonarlo. Los puritanos lo describían como “un vómito del alma”. Arrepentirse es romper con el estilo de vida pasado y volverse a Jesucristo en humilde sumisión y gratitud. O como dice el *Catecismo menor de Westminster*, en la pregunta 87, es una: “gracia salvadora, por la cual un pecador, teniendo un verdadero sentido de su pecado y entendiendo la

misericordia de Dios en Cristo, se aparta de su pecado con dolor y odio hacia él, y se vuelve a Dios con propósito pleno de y esfuerzo por una nueva obediencia.”

Segundo, *¿qué decir de la fe?* Otros términos que nos ayudan a comprenderla son confianza y creer. La fe en Cristo no es simplemente un conocimiento intelectual o un asentimiento mental sobre quién es Él y lo que ha hecho. También es una confianza total y un descanso en Él, y en lo que ha hecho a nuestro favor. Como bien dijo Spurgeon: “No me salva saber que Cristo es un Salvador; pero sí me salva confiar en Él como mi Salvador.”¹⁴ La fe verdadera no es un “salto en la oscuridad”. Está basada en hechos reales, firmemente establecidos en evidencia sólida sobre Jesús según la Palabra de Dios. Esta confianza en Cristo está basada en las promesas de la Escritura: “Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16), y “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hch. 16:31). La fe es un don de Dios que permite a la persona aferrarse a Cristo y arrojarle totalmente sobre Él en busca de misericordia y perdón. Es el medio por el cual se recibe la salvación (Ef. 2:8). No es la contribución humana de un pecador que busca ser salvo, sino la respuesta del corazón y la recepción de la bondad de Dios hacia nosotros en Jesucristo (Jn. 1:12-13; Ro. 5:17; 10:8-11; Col. 2:6). Como dijo el puritano Thomas Manton, la fe tiene dos manos: con una se aferra a Cristo, y con la otra rechaza todo lo que se interpone entre Cristo y el alma. Nuevamente,

¹⁴ Blanchard, p. 203.

el *Catecismo menor de Westminster* lo expresa con precisión en la pregunta 86: “La fe en Jesucristo es una gracia salvadora, por la cual le recibimos y descansamos solamente en Él para salvación, tal como se nos ofrece en el evangelio.”

La Escritura ordena constantemente tanto el arrepentimiento como la fe.¹⁵ Por ejemplo, Juan el Bautista exhortó no solo a “Arrepentíos” (Mt. 3:2), sino también a “que creyesen en el que vendría después de él, esto es, en Cristo Jesús” (Hch. 19:4). Además, en Hechos 20:21 vemos al apóstol Pablo yendo de casa en casa, ¿haciendo qué? El texto dice que: “Testificaba a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios [la parte ofendida] y la fe en nuestro Señor Jesucristo [el único Salvador de pecadores].” Jesús mismo predicó: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mr. 1:15).

Estos dos mandamientos son inseparables y fundamentales en el mensaje del evangelio, y exigen una respuesta de todos los que lo escuchan. Para ser salvos, los individuos deben arrepentirse de sus pecados y creer solamente en Cristo para vida y salvación. Estos son los goznes sobre los que la puerta de la salvación se abre libremente para ellos.

¿Son necesarias las cuatro partes?

En la práctica —como es de esperarse— no siempre será posible comunicar las cuatro partes del evangelio. A veces, las personas ya están

¹⁵ Ver: Juan 1:12; 20:31; Hechos 3:19; 10:43; 13:38-39; 17:30; 1 Corintios 1:21; 15:1-2; Gálatas 2:16; 1 Timoteo 1:16.

familiarizadas con ciertos aspectos del mensaje, por lo que no será necesario repasarlo todo nuevamente con ellas. Las limitaciones de tiempo también pueden reducir la oportunidad de compartir todo el contenido. En algunos casos, bastará con un llamado claro y conciso a creer en Cristo. Esto lo vemos, por ejemplo, con el carcelero de Filipos (Hch. 16:25-34). Después de preguntar a Pablo y Silas qué debía hacer para ser salvo, ellos no le respondieron diciendo: “Bueno, primero déjame hablarte acerca de Dios, luego de ti mismo, luego de Cristo, y así sucesivamente.” ¡No! Este hombre ya estaba profundamente convencido de su pecado. Ya se encontraba en una actitud de arrepentimiento; por eso vuelve a preguntar: “¿*Qué debo hacer para ser salvo?*”. Además, recordemos que antes de esto Pablo había estado predicando en las calles de Filipos “el camino de salvación” (Hch. 16:17), así que bien podría ser que él ya había escuchado parte del mensaje del evangelio. Por eso el apóstol simplemente le dice: “Cree en... Cristo, y serás salvo” (v. 31).

En otros casos —especialmente con familiares o vecinos— podremos adoptar un enfoque más pausado y completo. Podemos recorrer las cuatro partes del mensaje del evangelio de manera detallada, quizás mientras compartimos una taza de café o té.

Cada situación será distinta, y cada una requerirá sensibilidad y discernimiento del Espíritu Santo respecto a qué aspectos del evangelio deben ser compartidos. En este capítulo hemos cubierto los elementos centrales del mensaje del evangelio. Pero cuando lo compartas con otros, no te sientas

obligado a presentarlo de manera rígida o mecanizada. No estamos siguiendo un guion. Más bien, identifica dónde se encuentra la persona y prédicale el evangelio según su necesidad. Si las cuatro partes son necesarias, ¡excelente! Si no, comparte lo que puedas con humildad y oración, y confía en el Señor con el resultado.

Lo importante que debemos recordar es que el poder transformador del evangelio radica en la obra de Dios, no en nuestra presentación. Por tanto, sé fiel y no te avergüences de compartirlo, y deja los resultados en Sus manos.

Para reflexión y discusión

1. ¿Qué significa la palabra *evangelio*?
2. ¿Cuáles son los cuatro componentes principales del evangelio?
3. ¿Cómo definirías bíblicamente el *arrepentimiento*?
4. ¿Cómo definirías bíblicamente la *fe*?

